

Seix Barral Biblioteca Formentor



Adam Johnson

El huérfano





Seix Barral Biblioteca Formentor

Adam Johnson

El huérfano

Traducción del inglés por
Carles Andreu

Diseño original de la colección:
Josep Bagà Associats

Título original: *The Orphan Master's Son*

Primera edición: junio 2014

© Adam Johnson, 2012

Publicado de acuerdo con Random House, un sello de The Random House Publishing Group, una división de Random House, Inc.

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo:

© EDITORIAL SEIX BARRAL, S. A., 2014

Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.es

© Traducción: Carles Andreu, 2014

ISBN: 978-84-322-2276-4

Depósito legal: B. 10.042-2014

Impreso en España

Liberdúplex, S. L., Barcelona

Preimpresión: La Nueva Edimac, S. L., Barcelona

También disponible en e-book

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor.
La infracción de los derechos mencionados
puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual
(Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

13	PRIMERA PARTE La biografía de Jun Do
247	SEGUNDA PARTE Las confesiones del comandante Ga
607	<i>Agradecimientos</i>

PRIMERA PARTE

LA BIOGRAFÍA DE JUN DO

La madre de Jun Do era cantante. Eso era lo único que el padre de Jun Do, el supervisor del orfanato, le había contado sobre ella. El supervisor del orfanato guardaba una fotografía de una mujer en su cuartito de Feliz Porvenir. Su belleza era notable: unos ojos grandes que miraban de soslayo y unos labios fruncidos que esbozaban una palabra no dicha. A las mujeres bellas de provincias se las llevaban a Pyongyang, y eso, sin duda, era lo que le había pasado a su madre. El supervisor del orfanato era una prueba viviente de ello: se pasaba las noches bebiendo y, desde los barracones, los huérfanos lo oían llorar y lamentarse, suplicando a media voz a la mujer de la fotografía. Jun Do era el único que tenía permiso para ir a consolarlo y quitarle la botella de las manos.

Jun Do era el chico de más edad de Feliz Porvenir, y eso entrañaba una serie de responsabilidades: racionar la comida, asignar los camastros y bautizar a todos los chicos a partir de la lista de los 114 Grandes Mártires de la Revolución. Pero el supervisor del orfanato estaba decidido a no tratar con favoritismo a su hijo, el único niño de Feliz Porvenir que no era huérfano. Cuando la conejera estaba sucia, era Jun Do quien pasaba la noche ahí encerrado; cuando algún niño mojaba la cama, Jun Do era el encargado de desprender el pis congelado del suelo. Jun Do no fanfarroneaba delante de los demás por ser el hijo del supervisor del orfanato y no un chico cualquiera al que sus padres habían abandonado de camino a un campo 9/27. La verdad, para quien quería entenderla, era bastante evidente: Jun Do llevaba allí desde antes que to-

dos ellos, y si nunca lo habían adoptado era porque su padre no había permitido que nadie se llevara a su hijo. También tenía sentido que, después de que enviaran a su madre a Pyongyang, su padre hubiera solicitado el único trabajo que le permitía ganarse la vida y, al mismo tiempo, cuidar de su hijo.

Pero la muestra más clara de que la mujer de la foto era la madre de Jun Do era la forma implacable con que el supervisor del orfanato lo convertía en objeto de sus castigos. Eso solo podía significar que, en la cara de Jun Do, el supervisor del orfanato veía a la mujer de la fotografía, un recordatorio diario del eterno dolor que le provocaba su pérdida. Solo un padre que padecía un dolor así podía dejar a su hijo sin zapatos en pleno invierno. Solo un padre de verdad, de carne y hueso, podía quemar a su hijo con el extremo candente de una pala de carbonero.

De vez en cuando una fábrica adoptaba a un grupo de huérfanos y, en primavera, hombres con acento chino se presentaban y se llevaban a los niños que querían. Aparte de eso, cualquiera que pudiera alimentarlos y que tuviera una botella para el supervisor del orfanato se los podía llevar durante un día. En verano llenaban sacos de arena y en invierno rompían el hielo de los muelles con barras metálicas. En las plantas de maquinaria, y a cambio de un cuenco de *chap chai* frío, recogían con palas las limaduras de metal grasiento que caían de los tornos industriales. Pero donde mejor comían era en el ferrocarril, pues allí les daban un sabroso *yukejang*. Una vez, mientras vaciaban un furgón a paladas, levantaron un polvillo que parecía sal. Con el sudor, empezaron a volverse colorados: las manos, la cara, los dientes... El tren trasladaba productos químicos de una fábrica de pinturas. Los niños pasaron varias semanas de color rojo.

Y entonces, en el año Juche 85, llegaron las inundaciones. Llovió durante tres semanas, pero los altavoces no dijeron nada sobre las azoteas que se hundían, las presas que cedían y los pueblos que se precipitaban unos sobre otros. El Ejército

estaba ocupado intentando salvar la fábrica Sungli 58 de la crecida de las aguas, de modo que a los niños de Feliz Porvenir les dieron cuerdas y arpones de mango largo para que intentaran pescar a las personas que habían caído al río Chongjin antes de que la corriente las arrastrara hasta el puerto. El agua era un revoltijo de troncos, bidones de petróleo y toneles letrina. La crecida arrastró ruedas de tractor y neveras soviéticas. Oyeron el estruendo de unos vagones de tren que rodaban por el fondo del río, pasó flotando el techo de un transporte militar, con una familia sentada encima, gritando. Más tarde salió a flote una mujer joven, con la boca abierta pero silenciosa, y el huérfano llamado Bo Song la arponeó en el brazo; la corriente se lo llevó al momento. Bo Song había llegado al orfanato como un niño delicado, y tras descubrir que no oía, Jun Do lo había bautizado en honor a Un Bo Song, el 37.º Mártir de la Revolución, que se había llenado las orejas de barro para no oír las balas mientras cargaba contra los japoneses.

Y, no obstante, los demás niños corrieron río abajo, gritando: «¡Bo Song, Bo Song!», siguiendo desde la orilla el punto donde creían que debía de estar el pequeño. Dejaron atrás los desagües de la Siderurgia de la Unificación y los márgenes enfangados de los estanques de lejía de Ryongsong, pero nunca volvieron a ver a Bo Song. Los chicos se detuvieron al llegar al puerto, sus aguas oscuras atestadas de cadáveres, miles de ellos, flotando a merced de las olas, como los cuajos que brotan del mijo cuando se calienta en la sartén.

Aunque todavía no lo sabían, aquello fue el principio de la hambruna; primero se cortó la corriente y luego el servicio ferroviario. Cuando dejaron de sonar las sirenas de llamada al trabajo, Jun Do supo que la situación era grave. Un día la flota pesquera salió y no regresó. Con el invierno llegó la hipotermia, y los viejos se fueron a dormir. Eran solo los primeros meses, mucho antes de que la gente empezara a comer corteza de árbol. Los altavoces se referían a la hambruna como la Fatigosa Marcha, pero esa voz provenía de Pyongyang. Jun Do

nunca oyó a nadie en Chongjin que la llamara así. Lo que les pasaba no necesitaba un nombre: lo era todo, cada uña que masticabas y te tragabas, cada esfuerzo por levantar un párpado, cada viaje a las letrinas para intentar cagar tapones de serrín. Cuando ya no quedaba ninguna esperanza, el supervisor del orfanato prendió fuego a los barracones, y la última noche los chicos durmieron alrededor de una cazuela incandescente. Por la mañana, el supervisor mandó detenerse a un Tsir soviético, el furgón militar al que llamaban *cuervo* por el toldo negro que cubría la parte de atrás. Quedaban solo una docena de chicos, la cantidad perfecta para la trasera del cuervo. A la larga todos los huérfanos terminan en el Ejército, pero así fue como Jun Do, a los catorce años, se convirtió en soldado de túneles y empezó a recibir instrucción en el arte del combate en ausencia total de luz.

Y allí fue donde el oficial So lo encontró ocho años más tarde. El viejo incluso descendió bajo tierra para echarle un vistazo a Jun Do, que había pasado la noche montando guardia con su equipo en un túnel que se adentraba diez kilómetros bajo la zona desmilitarizada, casi hasta las afueras de Seúl. Salían siempre del túnel caminando de espaldas, para que se les acostumbraran los ojos, y a punto estuvo de chocar con el oficial So, cuyos hombros y tórax dejaban claro que había crecido todavía durante los buenos tiempos, antes de las campañas de Chollima.

—¿Es usted Pak Jun Do? —le preguntó.

Este se dio la vuelta y vio un halo de luz que brillaba tras el pelo blanco rapado del hombre.

—Sí, soy yo —dijo.

—Eso es nombre de mártir —observó el oficial So—. ¿Es este un destacamento de huérfanos?

Jun Do asintió con la cabeza.

—Así es —respondió—, pero yo no soy huérfano.

Los ojos del oficial So se posaron entonces sobre la insignia de taekwondo que lucía Jun Do en el pecho.

—Muy bien —dijo el oficial So, que le lanzó una bolsa.

Dentro había unos tejanos, una camiseta amarilla con un caballo de polo bordado en el pecho y unas zapatillas deportivas llamadas Nike que Jun Do reconoció de otra época, cuando los niños del orfanato oficiaban como comité de bienvenida de los *ferrys* llenos de coreanos a los que convencían para que regresaran de Japón con promesas de cargos dentro del Partido y apartamentos en Pyongyang. Los huérfanos iban al puerto a recibirlos con banderolas y entonando cánticos del Partido, para que los coreanos japoneses descendieran por la pasarela a pesar del lamentable estado de Chongjin y de los cuervos que los esperaban para transportarlos a los numerosos campos *kwan li so*. De repente se sintió como antaño, cuando veían a esos chicos perfectos, con sus zapatillas nuevas, que regresaban finalmente a casa.

Jun Do cogió la camiseta amarilla.

—¿Qué se supone que tengo que hacer con esto? —preguntó.

—Es su nuevo uniforme —contestó el oficial So—. No se mareará en el mar, ¿verdad?

No se mareaba. Cogieron un tren hasta el puerto oriental de Cholhwang, donde el oficial So requisó un barco de pesca. La tripulación tenía tanto miedo de sus huéspedes militares que llevaron puestos los alfileres de Kim Il-sung hasta que atravesaron el mar y llegaron a la costa de Japón. En el agua, Jun Do vio pececillos con alas y la bruma matutina era tan densa que te arrancaba las palabras de la boca. No había altavoces vociferando todo el día, y todos los pescadores llevaban los retratos de sus mujeres tatuados en el pecho. El mar era espontáneo de una forma que no había visto nunca: tu cuerpo no sabía hacia dónde iba a tener que inclinarse al cabo de un momento pero, al mismo tiempo, te terminabas acostumbrando a ello. El viento en los aparejos parecía comunicarse con las olas que levantaban a hombros el casco y por la noche, tendido encima de la timonera, Jun Do tenía la sensación de

encontrarse en un lugar donde uno podía cerrar los ojos y respirar.

El oficial So también se había llevado a un hombre llamado Gil como intérprete. Gil leía novelas en japonés en cubierta y llevaba puestos unos auriculares conectados a un pequeño radiocasete. Jun Do intentó hablar con Gil en una única ocasión, para preguntarle qué escuchaba. Pero antes de que Jun Do tuviera tiempo de abrir la boca, Gil paró la cinta y dijo la palabra *ópera*.

Iban a coger a alguien (alguien que estaba en una playa) e iban a llevarse a ese alguien con ellos. Eso era lo único que el oficial So había accedido a revelar acerca de su viaje.

El segundo día, al anochecer, divisaron las luces distantes de un pueblo, pero el capitán se negó a acercarse más.

—Eso es Japón —declaró—. No tengo cartas de navegación para estas aguas.

—Yo te diré lo cerca que estamos —le espetó el oficial So, y con un pescador sondeando el fondo marino se acercaron a la costa.

Jun Do se vistió y se ciñó el cinturón para que no se le cayeran los rígidos vaqueros.

—¿Esta ropa era de la última persona a la que secuestró? —preguntó Jun Do.

—No he secuestrado a nadie desde hace años —respondió el oficial So.

Jun Do notó cómo se le tensaban los músculos de la cara, y una sensación de terror se apoderó de él.

—Relájese —le dijo el oficial So—. Lo he hecho cientos de veces.

—¿En serio?

—Bueno, veintisiete.

El oficial So se había llevado también un pequeño esqui y, en cuanto estuvieron lo bastante cerca de la costa, dio órdenes a los pescadores para que lo botaran al agua. Al oeste, el sol se ponía sobre Corea del Norte, el viento había cambiado de dirección y estaba refrescando. El esqui era diminuto, pensó Jun Do,

allí casi no había ni una persona, y menos aún tres, más la víctima de un secuestro que forcejeara sin parar. El oficial So bajó al esquife con unos prismáticos y un termo. Gil lo siguió. Cuando Jun Do ocupó su lugar junto a Gil, el agua negra se coló por encima de los bordes y se le empaparon las zapatillas de inmediato. Vaciló sobre si debía confesar que no sabía nadar.

Gil intentaba todo el rato que Jun Do repitiera frases en japonés. Buenas tardes: «*Konban wa*». Disculpe, me he perdido: «*Chotto sumimasen, michi ni mayoimashita*». ¿Puede ayudarme a encontrar mi gato?: «*Watashi no neko ga maigo ni narimashita?*».

El oficial So dirigió la proa hacia la costa. El viejo maniobraba el motor fueraborda, un agotado Vpresna soviético, con un ímpetu a todas luces excesivo. De pronto viró a la derecha, y la embarcación quedó paralela a la costa. La marejada acercaba la balsa a la playa y la arrastraba de nuevo a aguas abiertas cuando se retiraba.

Gil cogió los prismáticos, pero en lugar de mirar hacia la playa, estudió los edificios altos y se fijó en cómo los neones del centro de la ciudad cobraban vida.

—La verdad —observó Gil—, aquí no han pasado nunca una Fatigosa Marcha.

Jun Do y el oficial So intercambiaron una mirada.

—Dígale otra vez cómo se dice «cómo estás» —le ordenó el oficial So a Gil.

—*Ogenki desu ka* —dijo Gil.

—*Ogenki desu ka* —repitió Jun Do—. *Ogenki desu ka*.

—Dígalo como diría: «¿Cómo estás, camarada?». *Ogenki desu ka* —le indicó el oficial So—, y no: «¿Cómo estás, te voy a arrancar de esta puta playa?».

—¿Es así como lo llaman? —preguntó Jun Do—. ¿Arrancar a alguien?

—Antaño lo llamábamos así —explicó el oficial, y esbozó una sonrisa falsa—. Dígalo con amabilidad y ya está.

—¿Pero por qué no mandamos a Gil? —preguntó Jun Do—. El que habla japonés es él.

El oficial So se volvió de nuevo hacia el agua.

—Sabe perfectamente por qué lo hemos traído aquí.

—¿Por qué lo hemos traído aquí? —preguntó Gil.

—Porque sabe luchar en la oscuridad —contestó el oficial So.

Gil se volvió hacia Jun Do.

—¿A eso te dedicas? ¿Esa es tu carrera?

—Dirijo un equipo de incursiones —dijo Jun Do—. Por lo general corremos a oscuras, pero sí, a veces también hay enfrentamientos.

—Y yo que creía que mi trabajo era una mierda... —intervino Gil.

—¿A qué te dedicas? —preguntó Jun Do.

—¿Antes de ir a la escuela de idiomas? —dijo Gil—. Minas terrestres.

—¿Y qué hacías con ellas? ¿Desactivarlas?

—Qué más quisiera yo —comentó Gil.

Llegaron a unos doscientos metros de la costa y a continuación costearon las playas de la prefectura de Kagoshima. Cuanto más se desvanecía la luz, más claramente la veía Jun Do reflejada en la arquitectura de cada ola que los mecía.

Gil levantó la mano.

—Allí —dijo—. Hay alguien en la playa. Una mujer.

El oficial So echó hacia atrás el estrangulador y cogió los prismáticos de campaña. Se los llevó a los ojos y enfocó, levantando y bajando las cejas en el proceso.

—No —repuso, y le devolvió los prismáticos a Gil—. Fíjese bien, son dos mujeres. Están paseando juntas.

—Creía que buscaban a un hombre —comentó Jun Do.

—Da igual —respondió el viejo—, siempre y cuando la persona esté a solas.

—Pero, entonces, ¿vamos a coger a alguien cualquiera?

El oficial So no respondió. Durante un rato solo se oyó el sonido del motor Vpresna.

—En mis tiempos —dijo finalmente el oficial So— contábamos con una división entera, disponíamos de recursos. Me

refiero a lanchas motoras y pistolas calmantes. Realizábamos tareas de vigilancia, nos infiltrábamos y seleccionábamos cuidadosamente los objetivos. Nunca arrancábamos a personas con familia ni a niños. Me retiré con un historial inmaculado y ahora mírenme. Debo de ser el último que queda. Apuesto a que soy el único que han encontrado que aún se acuerda de qué va esto.

Gil se fijó en algo que había en la playa. Limpió las lentes de los prismáticos, pero en realidad estaba demasiado oscuro como para ver algo. Se los pasó a Jun Do.

—¿Qué ves? —le preguntó.

Jun Do se llevó los prismáticos a los ojos y logró distinguir una silueta masculina que recorría la playa, cerca del agua; era apenas un borrón un poco más claro encima de un borrón oscuro. Entonces un movimiento captó su atención. Un animal se acercó corriendo por la playa hacia el hombre: debía de ser un perro, pero era grande, del tamaño de un lobo. El hombre hizo algo y el perro salió corriendo.

Jun Do se volvió hacia el oficial So.

—Hay un hombre. Lo acompaña un perro.

El oficial So se incorporó y puso una mano encima del motor fueraborda.

—¿Está solo?

Jun Do asintió con la cabeza.

—¿El perro es un akita?

Jun Do no sabía nada de razas. Una vez por semana, los huérfanos iban a limpiar una granja de perros. Los perros eran unos animales sucios que se te abalanzaban en cuanto podían, y los postes de los corrales guardaban las marcas de dónde habían atacado con sus colmillos. Eso era lo único que Jun Do necesitaba saber sobre perros.

—Mientras el animal menee la cola, no tiene de qué preocuparse —aseguró el oficial So.

—Los japoneses entrenan a sus perros para que hagan trucos —dijo Gil—. «Siéntate, perrito», le tienes que decir. *Yoshi yoshi. Osuwari kawaii desu ne.*

—¿Quieres callarte ya de una vez con el japonés? —dijo Jun Do.

Quería preguntar si había algún plan, pero el oficial So se limitó a dirigirlos hacia la playa. En Panmunjom, Jun Do era el líder de su escuadrón de túneles, de modo que disponía de una ración de licor y de crédito semanal para una de las mujeres. Al cabo de tres días tenía que disputar el combate de cuartos de final del torneo de taekwondo del Ejército Popular de Corea.

El escuadrón de Jun Do barría todos los túneles que se extendían bajo la zona desmilitarizada una vez al mes, y trabajaban sin luz, lo que significaba correr durante kilómetros en la más absoluta oscuridad. Solo usaban las luces rojas cuando llegaban al final de una galería y tenían que inspeccionar los sellos y los cables trampa. Actuaban como si fueran a toparse con los surcoreanos en cualquier momento, y excepto durante la temporada de lluvias, cuando los túneles quedaban demasiado embarrados, se entrenaban a diario en el combate mano a mano en condiciones de oscuridad absoluta. Se decía que los soldados de la República de Corea disponían de infrarrojos y de gafas americanas de visión nocturna. La única arma que tenían los chicos de Jun Do era la oscuridad.

Las olas crecieron, y cuando notó que le entraba el pánico, Jun Do se volvió hacia Gil.

—¿Qué trabajo puede ser peor que desactivar minas terrestres?

—Trazar mapas de minas —respondió Gil.

—¿Cómo? ¿Con un detector?

—Los detectores de metal no sirven —dijo Gil—. Ahora los americanos usan minas de plástico. No, elaborábamos mapas sobre su posible ubicación a partir de la psicología y el análisis del terreno. Cuando un camino te llevaba a pasar por un punto concreto, o las raíces de los árboles dirigían tus pies hacia un lugar determinado, asumíamos que allí había una mina y la marcábamos. Pasábamos toda la noche en un campo

minado, jugándonos la vida a cada paso, total ¿para qué? Por la mañana las minas seguían ahí, lo mismo que el enemigo.

Jun Do sabía quiénes se llevaban los peores trabajos (reconocimiento en los túneles, submarinos de doce tripulantes, minas, plantas bioquímicas) y de pronto vio a Gil bajo una luz distinta.

—Entonces eres huérfano —dijo.

Gil le dirigió una mirada de sorpresa.

—No, qué va. ¿Tú?

—No —negó Jun Do—. Yo no.

La unidad de Jun Do estaba formada por huérfanos, pero su caso había sido un error. En su ficha del Ejército Popular de Corea constaba la dirección de Feliz Porvenir, y eso lo había condenado. Era un fallo técnico que nadie en Corea del Norte parecía ser capaz de subsanar y que se había terminado convirtiendo en su destino. Había pasado la vida rodeado de huérfanos, comprendía su triste situación y no los odiaba como la mayoría de la gente. Solo que no era uno de ellos.

—¿Y ahora eres intérprete? —le preguntó Jun Do.

—Si trabajas durante el tiempo suficiente en los campos de minas, te recompensan —dijo Gil—. Te mandan a algún lugar que no está mal, por ejemplo a una escuela de idiomas.

El oficial So soltó una carcajada cortante.

La espuma de las grandes olas se colaba dentro de la barca.

—La putada —añadió Gil— es que ahora, cuando voy por la calle, pienso: «Yo pondría una mina ahí». O me doy cuenta de que no piso en sitios determinados, como el umbral de las puertas o delante de los urinarios. Ya no puedo ir ni a los parques.

—¿Parques? —preguntó Jun Do, que no había visto un parque en su vida.

—Ya basta —dijo el oficial So—. Ha llegado el momento de encontrar un nuevo profesor de japonés para la escuela de idiomas.

Levantó el estrangulador y el fragor de la espuma subió de volumen, al tiempo que el esquife se ladeaba sobre las olas.

Distinguieron la silueta de un hombre en la playa, observándolos, pero se encontraban a unos veinte metros de la costa y no podían hacer nada. Jun Do notó que la barca empezaba a escorar y saltó al agua para sujetarla; las olas le llegaban solo hasta la cintura, pero aun así lo arrastraron con fuerza. La marea lo revolcó por el fondo arenoso, pero finalmente logró salir de nuevo a la superficie, tosiendo.

El hombre de la playa no dijo nada. Cuando Jun Do llegó vadeando a la arena, la oscuridad era casi absoluta.

Jun Do respiró hondo y se apartó el agua del pelo.

—*Konban wa* —le dijo al desconocido—. *Odenki kesu da.*

—*Ogenki desu ka* —gritó Gil desde la barca.

—*Desu ka* —repitió Jun Do.

El perro llegó corriendo con una pelota amarilla. Durante un instante el hombre no se movió, y entonces dio un paso hacia atrás.

—¡Agárrelo! —vociferó el oficial So.

El hombre dio media vuelta y Jun Do se lanzó tras él, con los vaqueros mojados y los zapatos llenos de arena. El perro era grande y blanco, y brincaba de emoción. El japonés salió disparado playa adentro, casi invisible excepto por el perro, que lo seguía dando vueltas a su alrededor. Jun Do corrió como si le llevara el diablo. Se concentró en los pasos, que sonaban ante él como latidos sobre la arena. Y cerró los ojos. En los túneles, Jun Do había desarrollado un sexto sentido para ubicar a personas a las que no podía ver. Si estaban ahí, las percibía, y si se encontraban dentro de su alcance, daba siempre en el blanco. Su padre, el supervisor del orfanato, siempre le había dado a entender que su madre estaba muerta, pero eso no era verdad: estaba sana y salva, solo que fuera de su alcance. Y aunque nunca había tenido noticias sobre la suerte del supervisor del orfanato, Jun Do sentía que su padre ya no estaba en este mundo. La clave para luchar en la oscuridad no era muy distinta: tenías que sentir a tu oponente, notarlo, y no usar nunca la imaginación. La imaginación llena la oscuridad del interior de tu cabeza con

historias que no tienen nada que ver con la oscuridad que te rodea.

Unos metros más adelante, se oyó el ruido sordo de alguien que caía al suelo a oscuras. Jun Do, que había oído aquel sonido un millar de veces, se acercó al lugar donde el hombre intentaba levantarse, su rostro fantasmal cubierto de arena. Los dos jadeaban y resollaban, y sus respectivos alientos blancos se fundieron y se recortaron en la oscuridad.

La verdad era que Jun Do nunca lograba buenos resultados en los campeonatos. Cuando luchabas en la oscuridad, con cada puñetazo le permitías saber a tu oponente dónde te encontrabas. En la oscuridad, tenías que golpear como si te abrieras paso entre la multitud. Lo importante era lograr la máxima extensión: puñetazos de campesino y amplias patadas circulares que cubrieran mucho espacio, capaces de derribar al oponente. En un campeonato, en cambio, los contrincantes anticipaban esos movimientos a la legua. No tenían más que apartarse. ¿Pero un hombre en una playa, de noche, con los pies hundidos en la arena? Jun Do le soltó una patada posterior con giro en la cabeza, y el desconocido se desplomó.

El perro desbordaba energía, excitación, o tal vez frustración. Brincó sobre la arena, junto al hombre inconsciente, y finalmente dejó caer la pelota. Jun Do quería arrojársele, pero no se atrevía a acercarse a aquella dentadura. Se dio cuenta de que no meneaba la cola. Entonces atisbó un destello en la oscuridad: eran las gafas del hombre. Jun Do se las puso y de pronto el borroso resplandor que asomaba por encima de las dunas se convirtió en una multitud de puntitos de luz correspondientes a un sinfín de ventanas. En lugar de inmensos bloques de viviendas, los japoneses vivían en barracones más pequeños, de tamaño individual.

Jun Do se guardó las gafas, cogió al hombre por los tobillos, dio media vuelta y empezó a tirar de él. El perro gruñía y soltaba ladridos cortos y agresivos. Jun Do miró por encima del hombro y vio que el perro gruñía muy cerca de la cara del hombre, y que le arañaba las mejillas y la frente con las patas

delanteras. Jun Do agachó la cabeza y siguió tirando. El primer día en el túnel no es ningún problema, pero el segundo día, cuando despiertas de la oscuridad de un sueño y te topas con la oscuridad real, tienes que abrir los ojos. Porque si los mantienes cerrados, tu mente imagina todo tipo de películas sin ton ni son, como por ejemplo que un perro te ataca por la espalda. Si ibas con los ojos abiertos, en cambio, solo te tenías que enfrentar al vacío de lo que estabas haciendo.

Cuando finalmente Jun Do encontró la barca en la oscuridad, dejó caer el peso muerto sobre los travesaños de aluminio. El hombre abrió los ojos una vez y miró a un lado y a otro, pero era una mirada desprovista de toda conciencia.

—¿Qué le has hecho en la cara? —preguntó Gil.

—¿Dónde te habías metido? —le espetó Jun Do—. El tío pesa un montón.

—Yo solo soy el intérprete —dijo Gil.

El oficial So le dio una palmada en la espalda a Jun Do.

—No está nada mal para un huérfano.

Jun Do se revolvió.

—Que yo no soy huérfano, joder —protestó—. ¿Y usted de qué coño va, diciendo que ha hecho esto cientos de veces? ¿Cómo es posible que no tuviera ningún plan, más que mandarme corriendo? ¡Pero si ni siquiera se ha bajado de la barca!

—Quería ver cómo se las arreglaba —dijo el oficial So—. La próxima vez utilizaremos el cerebro.

—No habrá una próxima vez —le espetó Jun Do.

Gil y Jun Do empujaron la barca y la encararon hacia las olas, que los azotaron con fuerza mientras el oficial So intentaba arrancar el motor. Cuando los cuatro estaban ya a bordo y se dirigían hacia mar abierto, el oficial So dijo:

—Con el tiempo esto se vuelve más fácil, ya lo verá. No piense en ello y ya está. He dicho que había secuestrado a veintisiete personas pero era una trola. No las conté nunca. Tal como vayan llegando, olvídelas, una tras otra. Se trata de agarrarlas con las manos y, al mismo tiempo, soltarlas con la mente. Hay que hacer justamente lo contrario a llevar la cuenta.

Incluso desde el esquife, todavía oían al perro en la playa. Por mucho que se alejaran, sus aullidos les llegaban por encima de las olas y Jun Do supo que ya no iba a dejar de oírlo jamás.

Se quedaron en una base Songun, cerca del puerto de Kinjye. Las instalaciones estaban rodeadas por los búnkeres de los misiles tierra-aire, y en cuanto se puso el sol vieron el brillo de los rieles blancos de los lanzamisiles a la luz de la luna. Habían estado en Japón, o sea que no se podían alojar con el resto de los soldados del Ejército Popular de Corea. Los instalaron a los tres en la enfermería, un cuartito diminuto con seis catres plegables. Lo único que indicaba que se trataba de una enfermería era un solitario botiquín lleno de instrumental para extraer sangre y un viejo frigorífico chino con una cruz de color rojo en la puerta.

Habían encerrado al japonés en uno de los cubos de calor del patio de instrucción, y en aquel momento Gil estaba con él, practicando japonés a través del hueco de la puerta. Jun Do y el oficial So estaban apoyados en el marco de la ventana de la enfermería, compartiendo un cigarrillo mientras observaban a Gil que, sentado en el suelo, pulía su dominio del idioma con el hombre al que había ayudado a secuestrar. El oficial So negó con la cabeza, como si ahora ya sí lo hubiera visto todo. Había un paciente en la enfermería, un soldadito de unos dieciséis años con los huesos destrozados a causa de la hambruna. Estaba echado en una de las camas y le castañeteaban los dientes. El humo del cigarrillo le daba tos. Arrastraron la cama hasta el extremo más alejado del cuchitril, pero ni así se calló.

No había ningún médico. La enfermería era solo un lugar donde se alojaban los soldados enfermos hasta que quedaba claro que no se iban a recuperar. Si el joven soldado no mejoraba antes del día siguiente, los de la policía militar le colocarían una vía en el brazo y le sacarían cuatro unidades de san-

gre. Jun Do lo había visto y, en su opinión, era la mejor opción posible. La operación requería apenas unos minutos: primero el paciente se adormilaba, luego se le iba un poco la cabeza, y aunque era cierto que pasaba un último momento de pánico, no importaba porque ya no podía hablar; cuando finalmente la luz de sus ojos se apagaba, tenía en el rostro una mirada de grata confusión, como un grillo al que le hubieran arrancado las antenas.

El generador del campo dejó de funcionar. Las luces se fueron apagando lentamente y la nevera quedó en silencio.

El oficial So y Jun Do se metieron en sus camas.

Había un japonés. Al japonés le gustaba pasear a su perro. Y de pronto dejó de existir. Para quienes lo habían conocido, dejaría de existir para siempre. Eso era lo que Jun Do pensaba de los chicos que se llevaban los hombres con acento chino: un día estaban ahí y al siguiente no estaban en ningún lado. Como Bo Song, se los llevaban a lugares desconocidos. De hecho, eso era lo que Jun Do pensaba de la mayoría de las personas: aparecían en tu vida como niños abandonados ante la puerta de tu casa y un día se los llevaba la riada. Pero no era cierto que Bo Song no hubiera ido a ningún lado: tanto si había terminado con las anguilas lobo que viven en las aguas profundas como si se había hinchado y la corriente se lo había llevado a Vladivostok, seguro que había ido a algún lado. Tampoco era verdad que el hombre japonés hubiera desaparecido: estaba ahí mismo, en el cubo de calor del patio de instrucción. Y de repente Jun Do cayó en la cuenta de que su madre estaba en algún lado en aquel momento, en un apartamento de la capital, quizá, delante del espejo, peinándose antes de acostarse.

Por primera vez en años, Jun Do cerró los ojos y se permitió recordar su cara. Conjurarse a alguien de aquella forma era peligroso. Si lo hacías, pronto entrarían en el túnel contigo. Le había pasado muchas veces tras recordar a chicos de Feliz Porvenir: un resbalón, y de repente había un chico siguiéndote en la oscuridad. Y te decía cosas, te preguntaba por qué no

habías sido tú quien había sucumbido al frío, quien había caído a la tina de pintura, y tenías la sensación de que en cualquier momento te iban a cruzar la cara de una patada frontal.

Pero ahí estaba ella, su madre. Tendido en el camastro, escuchando cómo el joven soldado se estremecía, oyó su voz. *Arirang*, cantaba, con voz dolorida, al borde de un suspiro procedente de algún lugar desconocido. Incluso los malditos huérfanos sabían dónde estaban sus padres.

Más tarde, esa misma noche, Gil entró en el cuartito dando tumbos. Abrió el frigorífico, aunque estaba prohibido, y metió algo dentro. A continuación se dejó caer en su cama. Gil dormía con los brazos y las piernas colgando a ambos lados, y Jun Do se dijo que de niño debía de haber tenido una cama propia. Se quedó frito al instante.

A oscuras, Jun Do y el oficial So fueron hasta el frigorífico. El oficial So abrió la puerta y de dentro salió un aliento débil, frío. Al fondo, detrás de varios montones de bolsas cuadradas de sangre, el oficial So encontró una botella medio llena de *sho-ju*. Cerraron la puerta rápidamente, pues la sangre iba a ir a Pyongyang y como se echara a perder se les caería el pelo.

Se llevaron la botella junto a la ventana. A lo lejos oían a los perros que ladraban en sus corrales. En el horizonte, por encima de los búnkeres de los misiles tierra-aire, un fulgor teñía de luz el cielo y la luna lejana se reflejaba en el océano. A sus espaldas, Gil empezó a tirarse pedos en sueños.

El oficial So tomó un trago.

—Me parece que el bueno de Gil no está acostumbrado a la dieta de pan de mijo y sopa de sorgo.

—¿Quién coño es este tío? —preguntó Jun Do.

—Olvídese de él —le ordenó el oficial So—. No sé por qué Pyongyang ha vuelto a empezar con esto después de tantos años, pero con un poco de suerte antes de una semana nos habremos librado de él. Una misión y, si todo sale bien, no volveremos a verlo jamás.

Jun Do bebió un trago. Su estómago se agarró a la fruta y el alcohol.

—¿En qué consiste la misión? —quiso saber.

—Antes realizaremos otra operación de entrenamiento —dijo el oficial So—. Pero luego iremos a por alguien especial. La Ópera de Tokio pasa los veranos en Niigata. En la ópera hay una soprano. Se llama Rumina.

El siguiente trago de *shoju* le bajó suave como la seda.

—¿Una cantante de ópera? —preguntó Jun Do.

El oficial So se encogió de hombros.

—Algún pez gordo de Pyongyang la oiría en alguna grabación de contrabando y debe de haber decidido que quería tenerla.

—Gil dice que sobrevivió a lo de las minas terrestres —comentó Jun Do—, y que por eso lo mandaron a la escuela de idiomas. ¿Funciona así? ¿Te recompensan por tu trabajo?

—De momento tenemos que cargar con Gil, es lo que hay. Pero no le haga caso, escúcheme solo a mí.

Jun Do no respondió.

—¿Por qué lo pregunta? ¿Quiere algo? —preguntó el oficial So—. ¿Ya sabe qué pediría como recompensa?

Jun Do negó con la cabeza.

—Pues no piense más en ello.

El oficial So fue hasta el rincón y se sentó en el cubo de la letrina. Se apoyó en la pared y se quedó así durante un buen rato, pero no sucedió nada.

—En su día obré un par de milagros —le contó—. Y obtuve mi recompensa. Y ahora míreme —agregó, negando con la cabeza—. La única recompensa que debe interesarle es no terminar como yo.

Jun Do echó un vistazo al cubo de calor a través de la ventana.

—¿Y a ese qué le va a pasar?

—¿Al hombre-perro? —preguntó el oficial So—. Seguramente haya ya un par de Pubyok en el tren de Pyongyang que vienen a buscarlo.

—Ya, pero ¿qué le va a pasar?

El oficial So intentó orinar por última vez.